

A close-up, high-contrast portrait of Paul McCartney. He has dark hair and is looking directly at the camera with a serious expression. The lighting is dramatic, with one side of his face in shadow.

Paul McCartney

La biografia

Peter Ames Carlin

viceversa singular

Paul McCartney

La biografía

Paul McCartney

La biografía

Peter Ames Carlin

Traducción de MARTÍN RODRÍGUEZ-COUREL



www.editorialviceversa.com

Título original: *Paul McCartney. A Life*

© Peter Ames Carlin, 2009

Traducción publicada con el acuerdo de Touchstone, una división de Simon & Schuster, Inc

© de la traducción Martín Rodríguez-Courel, 2010

© Editorial Viceversa, S.L.U., 2010

Calatrava, 1-7 bajos. 08017 Barcelona (España)

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-92819-34-8

Depósito legal: B-22865-2010

Impreso por Printer Industria Gráfica



Para Ralph Berkowitz

Paul McCartney está prácticamente en casa. Está en Liverpool, la ciudad donde nació y creció. Y no sólo eso, está en Anfield, el distrito de Liverpool donde se crió su padre y su abuelo vivió, trabajó y sacó adelante a su familia allá por el siglo XIX. No es sorprendente que Paul esté radiante. Quedan sólo semanas para que celebre su sexagésimo sexto cumpleaños y en este momento se encuentra en el lugar en el que siempre ha estado su gente. En familia. Rodeado de amigos. En plena fiesta. Joe McCartney estaría haciendo lo mismo, a escasos dos kilómetros de distancia, en 1908. Jim McCartney lo hizo a su manera en 1928. Y ahora, al cabo de casi una década del siglo XXI, el hijo de Jim está en las mismas.

Tiene las mejillas coloradas y los ojos le hacen chiribitas. Abre la boca de par en par cuando echa la cabeza hacia atrás y suelta un agudo alarido de placer: «¡Ahhhhhhh!».

Decenas de miles de voces le responden gritando.

Paul lleva un traje oscuro con el cuello levantado y, debajo, una camisa blanca con los faldones por fuera. El color de su pelo es de un castaño sobrenatural, lo que le hace parecer más joven, aunque de una manera un tanto surrealista. Pero lo más importante es que tiene su bajo Höfner colgado del cuello, y esto hace que parezca —y que a todas luces casi se sienta— eternamente joven. Como bien sabe él, es el instrumento lo que le ves sujetar cuando cierras los ojos. Si el rock and roll tiene algún símbolo icónico, el bajo Höfner con forma de violín de Paul es uno de ellos. Es su Rosebud, su Excalibur. No es que sea exactamente la clave de su pasado, pero que lo conserve y que lo exhiba con tanta frecuencia te indica algo.

En sus manos, el Höfner se ve ligero, moviéndose sin embarazo sobre su cintura cuando Paul se da la vuelta y le arranca algunas notas. Detrás de él, el batería golpea suavemente

el charles, marcando el ritmo. Paul gira en redondo sobre sus talones, se acerca al micrófono y grita un saludo a las decenas de miles de caras que se extienden ante él.

«Faw goodness' sake –I got hippy hippy shake...».

Un estallido de percusión, guitarras y teclados se une al rugido de la multitud, y en ese momento Paul llega realmente a casa. Esta canción no la escribió él, pero la hizo suya hace casi cincuenta años al tocarla con unos amigos en un frío y húmedo sótano atestado de muchachos del barrio. Nadie hablaba entonces de historia, nadie pensaba en iconos ni leyendas. Pero ¿habría tenido alguna importancia hacerlo? Tenían tres acordes, una batería y cierta idea tonta y desenfrenada sobre meñar la cintura a la izquierda, y luego a la derecha, y agitar las caderas con todas tus fuerzas. Y eso era realmente todo lo que necesitaban, lo único que de verdad posiblemente importara.

Allí fue donde empezó todo para Paul y sus amigos. Y luego llegaron los demás sitios: un sótano más grande y un club nocturno encharcado de cerveza en Hamburgo, Alemania; un salón de baile; más tarde, un auditorio, y luego más auditorios. Y entonces se encontraron en Londres y en París y en la ciudad de Nueva York. Y a continuación por todo el mundo. Y de buenas a primeras los otros tres desaparecieron, y sólo quedaron él y Linda. E hizo todo lo posible para que ella lo acompañara sobre el escenario, a lomos de aquella oleada de energía. Pero también hubo una vida, un hogar, unos críos y todo lo demás, aunque siguieron las luces, las cámaras y la música en los estudios. Y siempre el puro estallido eléctrico de las guitarras, las baterías y los teclados y su voz dulce, clara y penetrante.

Ahora está ahí de pie, con el cuerpo retorcido como un muelle, los dedos bailoteando sobre los trastes del Höfner, la voz en un lamento, porque quiere contaros su historia. Aunque no en palabras, exactamente. No cabe duda de que a Paul le gusta hablar de sí mismo, organizar y reorganizar hechos e ideas para ajustar su sentido de la realidad siempre en evolución. Pero el corazón del hombre está en su música, así que es ahí donde radica la verdad. Escuchad. Ya ha acabado «Hippy hippy shake» y se avecina muchísimo más. Lo que está ahí arriba es toda su vida, pasando velozmente ante vuestros oídos, y los de él.

Ahora viene «Jet», y Paul y Linda en su apogeo. Jóvenes, enamorados, con hijos y perros a sus pies, con la dulce expresión alhelada de los fumetas. Ahora retrocedemos hasta «Drive my car», y ahí están John y Paul haciendo piña junto al piano, convirtiendo una idea vaga y cierta pose en un rock provocativamente sensual que habla de lujuria, dinero y poder. *«I got no car and it's breaking my heart / But I found a driver and that's a start!»*. Componer toda la canción les llevó, ¿cuánto?, ¿dos horas? Incluido un descanso para tomar el té. Ahora un salto de treinta años hasta «Flaming pie» y una mirada retrospectiva a esa misma pareja predeterminada, con un destello de resentimiento dirigido a cualquiera que pensara que él podría haber sido el segundón: *«I am the man on the flaming pie!»*. Y sólo para demostrar que Paul sigue encima de la tarta, he aquí su nuevo sencillo, *Dance tonight*, quizá la invitación más melancólica al baile que jamás se haya editado.

Ay, pero ahora nos detenemos un momento para recordar a George en una versión para ukelele de «Something». Es dulce y aun extraña. ¿Un ukelele? Paul toca de forma bastante más seria sus clásicos «Penny Lane» y «Hey Jude»; y con aún más seriedad «Yesterday», ese regalo del inconsciente cuya melancolía parece brotar directamente de la pérdida que lo asoló en la adolescencia, que le hizo coger su guitarra con tanta fuerza que nunca la soltaría. «Let it be» cuenta otra versión de la misma historia —aquí, la madre, Mary, adopta su propia forma real—, y a continuación viene otro tributo, éste bastante más complejo emocionalmente, si tenemos en cuenta todo lo que ocurrió, y lo que no ocurrió, y donde lo está cantando, y que sabe perfectamente que Yoko Ono está allí, entre el público, observando todos sus movimientos.

«I read the news today, oh, boy».

Nunca antes había hecho una versión en vivo de «A day in the life», acaso la grabación más complicada que los Beatles jamás emprendieron. Es, en muchos aspectos, el verdadero apogeo de su colaboración con John Lennon, el impecable matrimonio entre la melancolía existencial de un hombre y la picardía surrealista de otro. Las cámaras encuentran a Yoko entre la multitud, con un sombrero de copa negro elegantemente encaramado en su pelo negro azabache, que sonríe y asiente con

la cabeza, incluso cuando la música en vivo se desvanece para dejar paso a través de la megafonía del estadio a una muestra grabada de la famosa anarquía orquestal, que va en aumento hasta convertirse en un clímax ligeramente decepcionante. Y entonces se produce un rápido giro y la banda prorrumpe en un frenético modo de himno para atacar el coro de «Give peace a chance». «*All we are saying...*». Y ahora vemos a Yoko radiante, mientras sigue el ritmo con las palmas, y Paul agita las manos para hacer que la multitud cante aún con más fuerza. Y los ciudadanos de Liverpool están extasiados, rugen y agitan los brazos en señal de tributo a un héroe caído, a un santo, a un mártir de la causa. Y esto es exactamente lo que Paul pretende, aunque también sea lo que hace que enloquezca un poco.

Bueno, secaos los ojos y sonaos la nariz, porque ahora volvemos a los sótanos de nuestra juventud. Volvemos al punto de partida, a aquellos muchachos sudorosos, tan llenos de vida y alegría que ni siquiera sospechaban adónde estaba a punto de conducirles todo eso.

«*A-one, two, three-fah!*».

Es hora de que termine el espectáculo, así que vamos a regresar al mismísimo principio, a los cuatro muchachos de clase obrera que no tenían más que unos cuantos acordes, unos instrumentos baratos y la ambición de no acabar en un trabajo de verdad. «*How could I dance with another*». Paul tiene ahora una banda nueva, la última de una serie de ellas, aunque las descomunales pantallas de vídeo que tienen detrás vuelven a mostrar a los Beatles, allá en sus orígenes, corriendo, brincando y bailando entre ellos, de los brazos de uno a los de otro, dando vueltas frenéticamente. Eran tan jóvenes entonces, se querían tanto y se sentían tan arrebatados por el alegre ruido que les llegaba con tanta facilidad... Paul grita a voz en cuello con todas sus fuerzas, el lugar se agita, las paredes tiemblan literalmente con el ritmo. Pero lo que todo el mundo está mirando de hito en hito es esa vieja película, y Paul tampoco puede evitar echar una mirada por encima del hombro. El aspecto que tenían entonces, la manera en que sonaban... Bueno, era algo incomparable.

Hace muchos años eran sólo ellos cuatro. Jim y Mary y su pareja de niños bulliciosos, Paul y Michael. Jim y Mary eran más

viejos de lo que cabría esperar; Jim tenía ya cuarenta y muchos cuando Paul nació, y Mary tenía los treinta bien cumplidos cuando Michael entró en escena dos años más tarde. Puede que esto, junto con algunos nubarrones que los McCartney mayores sabían que acechaban en el horizonte, los hiciera apreciar sobremanera el tiempo que pasaban en familia. Aparte de esto, el clan de los McCartney siempre había estado muy unido y, cuando las tardes de invierno se volvían negras y frías, la familia se instalaba en el salón, Jim sacaba el taburete del piano y dejaba que las puntas de sus dedos se acomodaran sobre las teclas frías y suaves.

No era un pianista fantástico; en los viejos tiempos, la trompeta había sido su instrumento. Pero Jim tenía un par de buenos oídos y unos dedos ágiles que podían sacar el ritmo y la melodía de una canción popular y aporrearla hasta que la tapa del piano traqueteaba contra el armazón. Canciones de ragtime y éxitos de grandes orquestas. Mary no tenía ningún talento musical —era una enfermera que contemplaba el mundo a través de unos ojos sombríos aunque dulces—, pero le encantaba la manera que tenía su marido de interpretar una canción. Disfrutaba sobre todo viendo a Paul sentado en el suelo, con la mirada fija en su padre, radiante la mirada en sus ojos castaños claros y con las mejillas mofletudas hendidas por una sonrisa. El niño intervenía haciendo peticiones, a veces para que tocara «Lullaby of the leaves», y siempre reclamando su canción favorita entre las piezas festivas de su padre: el «Stairway to paradise», de George Gershwin. «¡Tócala de nuevo, papá! ¡Tócala!».

Así que, como es natural, Jim la tocaba, con una sonrisa en las anchas mejillas, los dedos recorriendo la ascendente progresión de los acordes. («¿Lo oyes? ¡Es igual que una escalera!»). Y su voz agradable cantando a pleno pulmón la alegre letra que habla de la locura que es sentirse mal, cuando podrías subir los escalones que conducen directamente a la felicidad.

«I'll build a stairway to paradise with a new step every day!».

Al pequeño Paul le encantaba la canción, le encantaba oírsele tocar a su padre y la manera en que el viejo miraba por encima del hombro cuando la terminaba y hacía un ligero gesto con la mano, como si diera las gracias a una multitud que sabía apreciar lo que oía. Había estado ante unas cuantas multitudes

en su época, razón por la cual Paul jamás pensó en cuestionar el consejo que Jim le daba siempre después de sus espontáneos espectáculos musicales. «Deberías aprender a tocar un instrumento. Y cuando lo consigas, siempre te invitarán a las fiestas».

El muchacho se tomó la enseñanza muy a pecho, de la misma manera que Jim había seguido el mismo consejo de su padre, Joe. Los McCartney se tomaban unos a otros muy en serio. Quizá porque siempre habían sido demasiado pobres para que los demás les brindaran semejante cortesía. Así había sido desde que los primeros McCartney llegaron a Liverpool procedentes de su Irlanda natal, como lo hace la mayoría de los inmigrantes, con poco más que alguna ropa a sus espaldas, sus esperanzas en el futuro y todo el músculo y la capacidad intelectual para impulsarse desde el pasado hacia su propio futuro imaginado.

Tan sólo podemos imaginar lo que impulsó a los McCartney a iniciar su viaje, aunque es bastante más fácil describir lo que encontraron cuando llegaron: un próspero puerto en el noroeste situado en la desembocadura del río Mersey (la cual en realidad es un larga ría que forma el Atlántico) que lo convertía en la verdadera entrada a toda Inglaterra y, más allá, a Europa. Los muelles se extendían por las riberas del río, todos atestados de barcos que descargaban azúcar, ron, tabaco y algodón y que se llevaban géneros, comida en conservas y bienes no perecederos. Liverpool también servía bastante bien como punto de avituallamiento para los barcos negreros que hacían la ruta desde África a Estados Unidos, lo que creó un vínculo cultural y económico que impulsó al Gobierno de la Confederación Norteamericana a abrir una embajada oficiosa en la ciudad.

Algunos inmigrantes llegaban allí en oleadas, mientras otros volvían a partir, también en oleadas, hacia las ilimitadas costas del Nuevo Mundo o la soleada y despoblada Australia. Los que permanecieron hicieron carrera, a veces incluso fortuna, en los negocios de Liverpool, especialmente cuando la sólida economía naviera de la ciudad conoció la prosperidad en los albores del siglo xx. Los visitantes se quedaban asombrados con la arquitectura neoclásica de la ciudad, su ferrocarril elevado y su aire inconfundiblemente cosmopolita. Los aromas de la India, Asia y África salían flotando por las puertas de los restaurantes. El hotel Adelphi, la joya del barrio georgiano, situado en

el centro de la ciudad, en Lime Street, era famoso en todo el mundo por sus lujosas habitaciones y la sopa de tortuga de su restaurante. Charles Dickens lo consideraba el mejor hotel del mundo.

Lo que en Londres podía parecer exótico o rotundamente estrafalario apenas agitaba las aguas en la ribera del Mersey. Los africanos paseaban cogidos del brazo de las pálidas damas locales y nadie pestañeaba. La época del jazz llegó enseguida a bordo de los barcos, directamente desde las zonas con mayor ritmo de Nueva Orleans y Nueva York, y adquirió carta de naturaleza. Había un club de jazz llamado Storyville, en honor del barrio de putas de la Ciudad de la Medialuna, Nueva Orleans. También floreció la música country estadounidense y resurgió la música popular, con su mezcla de historias francas, sencillez musical y ambiciones socialistas. La música llegaba de forma natural a Liverpool. Es «algo más que un lugar en el que surge la música»,¹ escribió el nativo de la ciudad Paul Du Noyer. «Liverpool es un motivo para que surja la música».

Y sin duda surgió en la casa familiar de los McCartney. Cada canción tenía una historia y cada historia llegaba con una canción. ¿Recordáis al viejo Joe McCartney, el patriarca que tocaba la tuba?² Nació aquí mismo, en Liverpool, en 1866, en Everton, para ser exactos. Imaginad la vida en aquellos días: caballos y calesas, un trabajo interminable y apenas dinero. Estáis pensando en el Everton un poco alicaído de la actualidad, pero a la sazón era conocido por todo el mundo como el peor barrio marginal de Inglaterra. Sin embargo, Joe consiguió un empleo en el almacén de tabaco de Cope y trabajó allí durante años, cortando hojas de tabaco, secándolas y enrollándolas. A veces se le metían unas cantidades considerables de tabaco en los dobladillos del pantalón. A saber cómo llegaba allí (aquí, un guiño), pero el caso es que allí estaba, así que Joe lo reunía al llegar a casa y al final de la semana quizás habría suficiente para enrollar un puro o dos que podía vender a un amigo en la esquina, sacándose así unos pocos peniques más para la familia.

Y era una familia considerable. Joe se había casado con Florrie Clegg en 1896, y no pasó mucho tiempo antes de que los críos empezaran a hacer acto de presencia. Joe y Florrie

tuvieron nueve hijos, siete de los cuales sobrevivieron a la cuna, lo que implicó que por Everton acabaran correteando muchos pequeños McCartney, y no de forma silenciosa, precisamente. Con independencia de lo abarrotada que estuviera su casa, la puerta de la familia McCartney solía estar abierta, y, cuando lo estaba, siempre sonaba la música. Joe también tocaba su tuba en la banda de metal de los reservistas del Ejército, así que los amigos y los compañeros de la banda se dejaban caer constantemente por allí para tocar un poco o tomar una taza de té, o quizás algo más fuerte, si se animaban de verdad. Joe prefería la limonada, pero jamás se metía con la manera de divertirse de los demás. Florrie estaba al pie del cañón en la cocina, dando la bienvenida a gritos a las visitas y repartiendo teteras y bandejas con tostadas de queso galés para mantener a todos en funcionamiento. Al final de la noche, las puertas estaban abiertas de par en par, la música a toda marcha y los amigos y vecinos en el patio y bailando en la calle.

Éstos eran los McCartney de Solva Street, en Everton. Puede que todos los varones McCartney estuvieran destinados a pasarse la vida como obreros o anónimos burros de carga, sobreviviendo en los niveles más ínfimos de la fábrica de otro. Pero quizá, con un poco de suerte y esfuerzo, podrían abrirse camino hacia algo mejor. Y tal vez tampoco les hiciera daño divertirse en el camino.

Tal fue la enseñanza que Joe McCartney intentó inculcar a su prole, y el segundo de sus hijos, James McCartney, nacido el 7 de julio de 1902, se lo tomó muy en serio. Era un muchacho apuesto y encantador, agraciado con una nariz aquilina y unas finas cejas cuyos arcos prominentes le hacían parecer perpetuamente alegre, estado en el que efectivamente el juerguista solía encontrarse. James —o Jim, como se le conocía— era un estudiante aplicado del colegio de la calle Steer de Everton y siguió las huellas musicales de su viejo adoptando la trompeta. Cuando un vecino regaló a la familia un pequeño y destartado piano de la tienda de música NEMS, de la familia Epstein, Jim también se sintió atraído por su teclado, y aprendió por su cuenta las notas y acordes suficientes para que fuera de alguna utilidad cuando las puertas se abrían y daba comienzo el espectáculo musical de la familia. Cuando llegó el momento de que el

colegial encontrara la manera de contribuir financieramente al sostenimiento de la familia, Jim aceptó un empleo en la cercana sala de variedades Royal Theatre, donde vendía programas antes del espectáculo y luego subía a toda velocidad hasta el anfiteatro para encargarse de la iluminación durante las actuaciones. Después del espectáculo, el muchacho recorría los pasillos para buscar los programas abandonados, que se llevaba a casa y restauraba (una rápida pasada de trapo y un planchazo resolvían el problema) para revenderlos en la siguiente función.

Jim dejó el colegio a los catorce años y fue contratado por A. Hannay & Co., Tratantes en Algodón, para llevar los muestrarios de telas desde el mercado al almacén, y viceversa, por un salario semanal de seis chelines. Trabajo de burros, lo llamaban, pero Jim McCartney perseveró en su faena con una diligencia y una energía creativa que hicieron que sus jefes se fijaran en él. Tal vez aquel muchacho descarado estuviera hecho para algo más que desempeñar las labores más ínfimas de la empresa. Jim se mantuvo fiel a su objetivo y siguió medrando en el escalafón a base de esfuerzo hasta que, al cabo de catorce años, la dirección de Hannay lo recompensó con un inusual ascenso desde el almacén hasta la categoría encorbatada y trajeada de los vendedores. Fue un salto considerable para un muchacho de clase baja sin demasiada instrucción. Y el hecho causó un gran regocijo en la familia.

«*Every mickle makes a muckle! Moderation and toleration!*». Para Jim, el secreto de la vida se reducía a dos sencillos conceptos: el sentido común y el nada común buen humor. Hacía su trabajo, cumplía con sus obligaciones y disfrutaba todo lo posible. Era agudo y divertido y le encantaba ser el centro de atención. De hecho, Jim McCartney era una especie de leyenda en Everton, donde los ociosos locales de la época del jazz lo conocían como el líder disipado de la Jim Mac's Band. Era éste un conjunto musical un tanto relajado y algo tosco en la ejecución, muy capaz de llenar un salón de baile o club social del barrio con los números de ragtime y pop más garbosos del momento.

De lo que no cabe duda es que Jim McCartney era un bergante. Le gustaba beber, sobre todo cuando jugaba a los caballos («una pequeña apuesta a los caballitos» era su expresión protopsicodélica para referirse a apostar). Pero también era

muy capaz de darse cuenta de cuándo llegaba el momento de ponerse serio, así que una vez ascendido a la categoría encorbatada y trajeada de los vendedores de Hannay, la Jim Mac's Band (y también la Masked Melody Makers) no tardó en actuar en su último baile.

Pero ¿cuándo encontraría el encantador señor McCartney una mujer y sentaría la cabeza? Durante la mayor parte de su vida adulta Jim había sido feliz siendo un vividor. Pero al final de los años treinta el ambiente había cambiado. La tenebrosa sombra de la Segunda Guerra Mundial fue descendiendo sobre Liverpool y el miedo y la promesa de destrucción estaban en todas partes. La edad relativamente avanzada de Jim (frisaba los cuarenta) y un tímpano perforado a causa de un accidente infantil lo libraron del servicio militar. Pero la industria del algodón había sido nacionalizada durante la contienda, dejando a Hannay sin actividad y a Jim sin trabajo, quien acabó con un empleo mal pagado en la industria de guerra haciendo girar un torno en la fábrica de ingeniería Napiers. Entonces las bombas empezaron a caer sobre Liverpool.

Las incursiones aéreas empezaron en agosto de 1940 y se prolongaron hasta las primeras semanas de 1942, matando a más de dos mil seiscientos habitantes de la ciudad y enviando al hospital casi al mismo número de heridos graves. Esto es lo que soportaron un día tras otro. Al caer la noche, las sirenas, los aviones y la conciencia permanente de que lo único que se interponía entre tú y una muerte repentina y abrasadora era el destino, y quizá la suerte.

Jim pasaba los días en la fábrica Napiers y las noches como vigía voluntario de los bomberos locales. Sabía que, algún día, Hannay volvería a su actividad y él reanudaría su carrera interrumpida por la guerra. Pero ¿era eso realmente todo lo que le aguardaba? Jim había empezado a reparar en la nueva generación McCartney de sonrosadas mejillas que correteaba en las fiestas familiares. Los observaba jugar y oía sus vocecillas llamando a sus padres. En algún lugar de su cabeza se preguntaba una y otra vez qué había hecho con su vida. ¿Tendría alguna vez un hijo al que pudiese sentar y mecer en su regazo cuando anocheciera y las canciones se volvieran lentas y melodiosas?

Es fácil imaginar que estos pensamientos le rondaran la cabeza a Jim aquella noche de 1940, cuando llegó silbando por el camino y llamó a la puerta de la casa a la que su hermana Jin se acababa de mudar con su flamante marido, Harry. La pareja se había ido a vivir a una manzana flanqueada de árboles de las afueras, en West Derby, así que habían organizado la tradicional fiesta de inauguración invitando a los amigos y familiares a que se pasaran a admirar la nueva casa, tomar una copa y dejar los problemas a un lado, aunque sólo fuera durante unas horas. En aquella agradable noche, en la que el aire de las afueras estaba lleno del dulce olor de las flores primaverales y de la hierba recién cortada, Jim atisbó a una discreta mujer de ojos oscuros, Mary, que estaba sentada en el salón.

La cosa podría no haber pasado de allí, toda vez que se suponía que la fiesta, una cena informal, acabaría temprano y no se prolongaría hasta altas horas de la madrugada. Pero entonces las sirenas empezaron a aullar sobre los tejados y todos los asistentes a la fiesta corrieron a esconderse en la bodega de Jin y Harry —¡apagad las luces y no os olvidéis del champán!— y se agazaparon en la oscuridad. La mayoría de las veces, la señal que anunciaba el final del peligro sonaba a los pocos minutos y sin duda nunca tardaba más de una o dos horas. Pero en esa ocasión el estado de alerta se prolongó hasta bien avanzada la noche, así que los McCartney y sus amigos se quedaron allí sentados. Jim permaneció junto a Mary todo el rato, charlando y bromeando, encendiéndole los cigarrillos a la chica, contribuyendo a mantener la calma. La hizo reír. Jim parecía un hombre absolutamente encantador y, también, diría ella más tarde, deliciosamente «sencillo».² Se casaron en la capilla católica de St. Swithins, en West Derby, el 15 de abril de 1941, y se fueron a vivir a unas habitaciones amuebladas de Sunbury Road, en el barrio de Anfield de Liverpool.

El primer niño llegó la noche del 18 de junio de 1942 en medio de un lujo relativo, gracias a las relaciones profesionales de Mary, en una sala privada del Walton Hospital. Sus amigos del hospital también se saltaron las normas para permitir que Jim le echara un vistazo a su hijo casi inmediatamente después de su nacimiento; por desgracia, a nadie se le había ocurrido avisar a Jim de hasta qué punto los restos de la matriz y del

parto podían alterar el aspecto de un recién nacido. Lo que vio en aquellos momentos dejó al flamante padre conmocionado y horrorizado: «Parecía un horrible pedazo de carne roja³ —recordaba Jim—. Tenía un ojo abierto y no paraba de gritar». Un baño (al niño) y una noche de sueño reparador (para el padre) mejoraron las cosas considerablemente y, cuando James Paul McCartney llegó a las habitaciones amuebladas de sus padres en Anfield, Jim vio las cosas con más claridad. «Al final, resultó ser un bebé precioso».⁴

La incorporación de Paul envió primero a la familia a una casa subvencionada por el Ayuntamiento en Wallasey, un barrio situado en la península de Wirral, en la orilla del Mersey opuesta a la del centro de la ciudad. La familia se volvió a trasladar al centro de Liverpool un año más tarde, pero la llegada de otro niño, Peter Michael McCartney (que también sería conocido por su segundo nombre), en enero de 1944, los facultaba para conseguir un piso más grande en una moderna urbanización de Knowsley. Dos años más tarde se mudaron a una nueva urbanización municipal en Speke, en el límite meridional de Liverpool. El barrio estaba todavía en construcción, así que los niños McCartney recorrían las embarradas e inconclusas calles en sus bicicletas, siguiendo a sus amigos más allá de los solares vacíos y las casas a medio construir hasta los pastizales abiertos y los chaparrales.

El final de la guerra animó el espíritu de la ciudad, al igual que la reprivatización de la industria algodonera, que trajo consigo la subsiguiente reapertura de la fábrica de Hannay y la recuperación por parte de Jim de su empleo en el sector del algodón. Pero Liverpool seguía marcada por las cicatrices de la guerra y su estructura económica se mantenía sumida en la confusión. El otrora próspero negocio de la importación del algodón había caído a la mitad de sus niveles anteriores a la guerra, lo que redujo los ingresos de Jim en casi otro tanto. Mary había cambiado su trabajo regular en un hospital por el más flexible —bien que menos seguro— de comadrona por horas, aunque era un empleo con un sueldo seguro y unas ventajas (como el acceso a las mejores urbanizaciones subvencionadas por el Ayuntamiento) que superaba con creces el salario semanal de su marido. Entre los dos, Jim y Mary se las arreglaban

bastante bien para mantener vestida y alimentada a su familia e incluso para permitirse algún lujo ocasional.

Tanto para Jim como para Mary, que se habían criado en sendas familias estancadas en los peldaños más bajos de la clase obrera, la vida que habían conseguido era, si no la culminación de un sueño, sí un paso firme en la dirección correcta. A veces, cuando llevaban a los niños a pasar el día en la playa en New Brighton, o a la semana anual de vacaciones en un camping en Gales, o a otra de aquellas reuniones tan musicales de la familia McCartney, todo podría haberseles antojado paradisíaco. Y así habría sido, si no hubieran sabido lo que se cernía amenazadoramente en lontananza.

Poco después de nacer Mike, en 1944, una dolorosa inflamación en el pecho envió a Mary al hospital. Allí se le aplicó un tratamiento para la mastitis, una dolencia frecuente en las madres primerizas. Pero, tal y como los médicos saben ahora, aquellos síntomas también pueden deberse al cáncer de mama. Aunque la inflamación remitió, la salud de Mary no volvió a ser nunca la misma. Una visita al médico en 1948 acabó en un diagnóstico mucho más grave: cáncer de mama. Aunque la enfermedad estaba en su fase inicial, Mary sabía lo suficiente de medicina para comprender que su tiempo en la tierra, y con su familia, sería limitado. Así que ella y Jim no hicieron otra cosa que mantenerse fieles a la vieja sentencia de los McCartney y siguieron adelante. Y cuando las cosas adquirirían un cariz horrible, Jim tendía una mano y susurraba otro de los dichos de la familia: «Si pesa una tonelada, déjalo ahí».

Así que sus vidas siguieron adelante. Los pequeños hermanos McCartney crecieron fuertes, convirtiéndose rápidamente en un par de muchachos llenos de energía cuyas travesuras no tardaron en inspirar toda una nueva saga de leyendas familiares. En una ocasión, cuando todavía estaban en la escuela primaria, los pillaron robando manzanas y acabaron encerrados en una de las dependencias del granjero hasta que Jim —avisoado por los compañeros que habían conseguido huir— fue a disculparse. En otra ocasión la cosa fue más aterradora, cuando, desoyendo las órdenes paternas de evitar una cantera de cal llena de agua, los dos se cayeron dentro. Al ser las paredes

demasiado empinadas y resbaladizas para agarrarse a ellas, se vieron incapaces de salir por sus propios medios. Así que, sin poder hacer nada, se mantuvieron a flote como pudieron en el agua hasta que, finalmente, un obrero de la construcción pasó casualmente por allí y los sacó.

«Los hermanos McCartney parecían salidos de un circo»,⁵ observó su primo John Mohin. Pero también eran unos chicos agradables y listos y ambos tenían el brillo de los ojos de su padre. En particular Paul, que, habiendo heredado desde el arco de las cejas a la fina línea de la nariz y los labios suaves y casi femeninos de su padre, era la viva imagen de Jim de joven. También había salido a su padre en la sonrisa triunfal y el guiño halagador, rasgos ambos que le iban de perlas cuando se trataba de meterse, o de salir, de cualquier tipo de problema. «Ya entonces era un seductor —recuerda Tony Bramwell, que se crió cerca de él en Speke y pertenecía a la misma pandilla—. Siempre era diplomático, siempre muy amable».⁶ Y, sin duda, consciente de su atractivo y de cómo aplicarlo para seducir a la gente, sobre todo cuando sus bromas le acarreaban algún problema. «Era capaz de encantar a una serpiente»,⁷ recordaba un pariente.

Paul tenía también un lado introspectivo y un constante deseo de soledad. Cuando los gritos de sus amigos empezaban a hacerse insoportables, saltaba sobre su bicicleta y se dirigía a los bosques cercanos, donde se perdía entre las sombras y observaba la vida salvaje, consultando su manoseado *Manual del observador de los pájaros* cuando una criatura interesante aleteaba entre el tupido dosel de la vegetación. Si oía que se acercaba alguien, buscaba un árbol robusto y trepaba por él hasta encontrar una rama donde pudiera sentarse en silencio y observar el mundo que pasaba debajo. «Era como un superespía, el observador silencioso, el francotirador»,⁸ recordaba Paul.

Paul también se mantenía alerta cuando estaba en las calles de Speke con la esperanza de evitar a los grupos de matones juveniles que recorrían los barrios obreros como aquél. Por consiguiente, procuraba por todos los medios no perder de vista la calle, buscando permanentemente los indicios reveladores de la presencia de los chicos duros. Era mejor cruzar de acera o incluso dar un largo rodeo a la manzana que acabar recibiendo

una paliza en la esquina de una calle. Sin embargo, un día los chicos malos pillaron a los hermanos McCartney en las orillas del Mersey, y la situación no tardó en degenerar en un minucioso cacheo. «¿Qué tienes? ¿Un reloj? Me lo quedo, chaval». Los gamberros enviaron a Paul y a su hermano a casa, adonde llegaron corriendo y llorando, aunque la cosa no iba a acabar ahí. Paul sabía quiénes eran exactamente los matones, aunque sólo fuera porque vivían a la vuelta de la esquina, en una casa con patio. En cuanto Jim llegó a casa, Paul le explicó el altercado con los chavales. Jim proporcionó la información a la policía local y a partir de entonces la tensión no tardó en disminuir. Cuando los chicos fueron a juicio algunas semanas más tarde, el testigo de cargo fue Paul, cuyo testimonio ayudó a condenar a sus adversarios. «Anda, la primera vez que piso un juzgado»,⁹ dijo Paul.

Aquello no sólo sirvió de lección a Paul, sino a los matones del barrio: «Trabaja duro y mantén tu palabra, y si alguien intenta quitarte algo que te pertenece, defiéndete». Jim no se tomaba las cosas materiales a la ligera; había trabajado mucho y siempre había procurado mantener su palabra. Para Jim, aquello era el meollo de la cuestión y se aseguró de que Paul y Mike entendieran lo que significaba: estudia, presta atención a lo que se te dice, esfuérzate en el trabajo y valora lo que obtienes a cambio.

Desde sus primeros días en la Escuela Primaria de Stockton Wood Road, Paul se mostró como un estudiante entusiasta y formal. Trasladado a la Escuela de Primera Enseñanza Joseph Williams en 1949, Paul impresionó a la directora, Muriel Ward, por ser un muchacho insólitamente aseado, cuyos pantalones pulcramente planchados y el perfecto nudo de la corbata resultaban tan impresionantes como su sentido del humor ligeramente picarón. Paul también sobresalía en clase como un alumno aplicado que seguía las indicaciones y hacía los deberes con diligencia. Su logro más impresionante en la escuela primaria se produjo cuando estaba a punto de terminar su etapa en el Joseph Williams, al conseguir el premio en la categoría de su edad en un concurso municipal de ensayo convocado para conmemorar la coronación de la reina Isabel II, en junio de 1953. El premio incluía un vale obsequio para un libro, y lo

que escogió resulta especialmente intrigante, dada su edad y orígenes: un libro sobre arte moderno. «Montones y montones de fotos; gente como Victor Pasmore, Salvador Dalí, Picasso y muchos artistas de los que no había oído hablar».¹⁰

Los resultados de Paul en los exámenes de ingreso —las pruebas homologadas para los niños de once años que servían para determinar la orientación del resto de sus vidas académicas— fueron aún más importantes. Los estudiantes con buenas notas conseguían acceder al nivel superior de la enseñanza municipal, y Paul fue uno de los cuatro estudiantes, de los noventa del Joseph William que hicieron las pruebas, que consiguió la nota suficiente para que se le ofreciera una plaza en el Liverpool Institute, generalmente reconocido como el mejor instituto de enseñanza secundaria de la ciudad. En cuanto a Jim y Mary, era imposible que sobrevaloraran la importancia de los logros de su hijo mayor: el instituto, hasta no hacía mucho colegio privado con un elevado nivel de enseñanza, no sólo atraía a los alumnos más prometedores de todo Liverpool, sino que también los impulsaba a unos círculos profesionales y sociales a los que ningún McCartney anterior podría haber soñado siquiera acceder.